

La Literatura Comparada en tiempos de revolución

Antonio MONEGAL

Universitat Pompeu Fabra
antonio.monegal@upf.edu

RESUMEN

Este trabajo plantea la posibilidad de conciliar algunos de los postulados de los estudios culturales con la tradición disciplinar de la literatura comparada, gracias a la capacidad de adaptación de ésta y a su larga historia de pensamiento teórico acerca de su propia definición. La pregunta es si la literatura comparada responde a una teoría de la literatura particular o si constituye un marco disciplinar flexible capaz de acoger diversas teorías.

Palabras clave: Literatura comparada, estudios culturales, crisis, teoría de la disciplina.

ABSTRACT

This essay suggests the possibility of reconciling some of the premises of cultural studies with the disciplinary tradition of comparative literature, thanks to the latter's capacity for adaptation and to its long history of theoretical thought about its own definition. The question is whether comparative literature responds to a specific literary theory or whether it constitutes a flexible disciplinary framework, capable of including a variety of theories.

Key words: Comparative literature, cultural studies, theory of the discipline.

¿Hay de hecho una crisis de las humanidades como forma de saber o se trata más bien de una crisis de un modelo de formación especializado, que ya no está en sintonía con las necesidades sociales? ¿O hay crisis porque ciertos instrumentos disciplinares no están adaptados a la comprensión de los fenómenos culturales actuales? No pretendo contestar directamente estas preguntas, sino reflexionar acerca de la posible contribución de la Literatura Comparada, no necesariamente a la solución, pero por lo menos a la negociación de esta crisis.

Mi objetivo es conciliar las lecciones de la rica tradición del comparatismo con los desafíos y exigencias del momento actual, en el que, según algunos, el futuro no sólo de los estudios literarios sino también de la propia literatura parece verse amenazado. Mi percepción dista de ser tan apocalíptica, pero considero necesaria una refundación de la disciplina y una redefinición de sus objetivos, que no debería venir de nuevo porque es una más entre las muchas que se han llevado a cabo en la historia de la Literatura Comparada. Mi título se refiere a “tiempos de revolución” no sólo porque los actuales lo sean, sino porque esta disciplina ha tenido su razón de ser, desde sus orígenes, en la necesidad de dar respuesta a sucesivas revoluciones en los estudios literarios.

En la actualidad, el campo de los estudios literarios —a nivel internacional, que es el que importa en Literatura Comparada— está ideológicamente fragmentado, y en la medida en que las distintas ideologías se manifiestan en concepciones divergentes del objeto de estudio, es decir, en tanto que la definición misma de qué es la literatura es entendida como un factor ideológico, esta fragmentación y las tensiones consiguientes afectan inevitablemente la configuración de la disciplina, que se caracteriza cada vez más por su heterogeneidad.

Itamar Even-Zohar ha destacado que:

[The] lack of dispute about the object [of study] is typical of large areas of the humanities. It certainly has hampered [...] scientific practice in these areas. For, while the sciences, in their attempts to develop explanatory tools for nature and life have proceeded by constantly modifying and replacing the objects of study as the hypotheses relating to them developed, the humanities still entertain the belief that the explanations may change, but the objects can remain the same (1997: 16).

Cuando Terry Eagleton dice que “la literatura, en el sentido de la palabra que hemos heredado, *es* una ideología” (1983: 22), está llamando la atención sobre el hecho de que ni la delimitación del objeto ni el modo de tratarlo vienen dados por su naturaleza intrínseca, sino que se han ido construyendo históricamente. Tanto los textos seleccionados para ocupar la categoría de literatura como el uso que se hace de ellos cambia según las culturas y el momento histórico. Y si leemos los textos considerados literarios de una determinada manera es porque existen instituciones —de todo tipo y no sólo las educativas— que nos enseñan a hacerlo así.

La cuestión de fondo en estas discusiones es si la Literatura Comparada es una práctica de los estudios literarios derivada de un modelo teórico concreto, es decir, de una concepción de la literatura entre muchas posibles, o constituye un marco disciplinar dentro del que caben y conviven teorías y prácticas diversas. En otras palabras, ¿obedece la Literatura Comparada a una única teoría de la literatura, o a un número limitado de ellas, o está abierta al debate y la competencia entre teorías?

En el primer caso, la supervivencia de la Literatura Comparada como disciplina dependería de la vigencia del modelo teórico que la sustenta. Habría, por lo tanto, otras maneras de entender la literatura desde las cuales la existencia de esta disciplina carecería de razón de ser. Si, por el contrario, la manera de definir la disciplina no está restringida por un modelo teórico concreto, los cambios de paradigma teórico no traen necesariamente consigo la obsolescencia de la disciplina como tal. Por ello es muy importante distinguir si la resistencia a los envites de la teoría en el campo del comparatismo se deben a una divergencia entre opciones dis-

ciplinares o a la defensa del modelo teórico concreto al que obedece la práctica a la que uno está dedicado.

La fortuna de la disciplina se ha visto favorecida por su carácter proteico y su capacidad de adaptación. Es decir, por la misma indefinición que a otros efectos se considera un problema. Precisamente porque no está sujeta a un único modelo teórico, ha ido incorporando propuestas ideológicas diversas, a veces incluso antagónicas. Y en la actualidad constituye un marco amplio en el que cabe una enorme variedad de prácticas y de teorías. Saber que alguien pertenece a la Asociación Internacional de Literatura Comparada o a un departamento universitario con este nombre no nos dice nada sobre sus planteamientos teóricos.

Esta misma falta de adscripción a un modelo concreto convierte a la Literatura Comparada en un foro constante de debate teórico y hace que su destino como disciplina esté indefectiblemente unido al de la teoría de la literatura. Puesto que la definición teórica no está resuelta, ni puede nunca estarlo de manera definitiva puesto que está históricamente determinada, las posturas se están negociando y revisando a cada paso. Ni siquiera cuando hay un modelo dominante puede éste mantener su hegemonía permanentemente. Ello obliga a que en el seno del comparatismo la reflexión teórica no se detenga.

Tal como ha comentado Jonathan Culler (1979: 170), la Literatura Comparada se vio abocada desde su origen al discurso teórico para justificar su razón de ser y posición de recién llegada, en un campo ya ocupado por las “filologías nacionales”. Hay que empezar por aclarar cuál es el objeto de estudio y cuál la división del campo para poder determinar si la Literatura Comparada ocupa sólo los intersticios a los que no atienden otras disciplinas literarias o si abarca cuestiones comunes y fundamentales que conciernen a todas. En el proceso la Literatura Comparada ha tenido que defender su especificidad y al tiempo rebatir acusaciones de intrusismo e imperialismo. Por otro lado, para Culler la ausencia de interés de los departamentos de filología tradicionales en la teoría literaria se ha debido precisamente a la dificultad para defender y justificar en el debate teórico la noción de la unidad de una literatura nacional, por lo que les conviene apoyarse en la aparente naturalidad de la división lingüística.

Frente a la concepción de la Literatura Comparada como una parcela altamente especializada y restringida de los estudios literarios, que atiende exclusivamente a los contactos internacionales, a la importación y exportación de autores y obras, existe otra visión, más amplia y más flexible, que entiende la literatura como un complejo sistema de relaciones que no cabe delimitar de acuerdo a las fronteras nacionales o lingüísticas. Desde este punto de vista el comparatismo o bien es una práctica que puede ejercerse desde cualquiera de las especialidades de los estudios literarios, o bien las puede englobar a todas, puesto que depende fundamentalmente de la concepción del fenómeno literario que uno sostenga, del tipo de preguntas que se plantee.

La preocupación cartesiana por establecer distinciones claras entre las disciplinas, que se apoya con más facilidad en un reparto de los objetos de estudio de acuerdo a un mapa del saber con fronteras bien delimitadas, entra en constante conflicto con la complejidad de los fenómenos a investigar. Además ignora que las disciplinas no surgen de la distribución de un territorio preexistente dado, sino que lo constituyen mediante sus prácticas cognoscitivas. Como ha señalado Wlad Godzich:

“disciplines do not have givens; as constitutive parts of the apparatus of knowledge, they have objects that are constructed by and for them” (1994: 276).

Parece discutirse un reparto del territorio del saber, cosa que puede resultar extraña tanto a quien se acerca al estudio de la literatura con una visión idealizada como a quien cree que el saber no es un territorio que se pueda repartir, a la manera de esas “áreas de conocimiento” que organizan el sistema académico español. Pero no podemos dejar de constatar que en nuestra cultura este tipo de ejercicios intelectuales se dan dentro de marcos institucionales concretos. Las interrelaciones en literatura han existido siempre, pero el desarrollo de la especialización comparatista —del especialista en lo múltiple y lo diverso— ha venido a cubrir una necesidad generada por ciertas condiciones históricas, como la ascensión de los nacionalismos en el siglo XIX, y ha sido también consecuencia de la especialización muy particularizada en otros campos. Lo interesante es constatar hasta qué punto se dan también en el momento actual las condiciones que hacen del comparatismo un instrumento idóneo para entender el funcionamiento del sistema literario. Estamos ante la constitución de un modelo disciplinar diferenciado cuya existencia favorece la aportación de esquemas conceptuales e instrumentos mediante los que abordar problemas que de otra manera ni siquiera se identificarían como tales.

Aquellos que sostienen que la Literatura Comparada ha caducado como proyecto intelectual son los que le atribuyen una identidad más concreta, la identifican con lo que fue en sus orígenes y la vinculan a un momento histórico y a una ideología, la de un cosmopolitismo eurocéntrico actualmente desprestigiado. Pero si la Literatura Comparada es una denominación flexible y hospitalaria que ampara la multiplicidad de puntos de vista, estos puntos de vista han de ponerse de manifiesto y estar sometidos a discusión.

Lo que está en juego no es la defensa del espacio institucional de la Literatura Comparada y su posible competencia con otras ramas de los estudios literarios —a pesar de que éste sea un contencioso que en España no está resuelto—, sino la reconsideración de su razón de ser, su contribución y sus perspectivas en un nuevo contexto histórico. Sabemos que las transformaciones, o crisis de crecimiento de una disciplina tienen lugar cuando un nuevo paradigma o modelo epistemológico entra en conflicto con el existente. Pero, a diferencia de las ciencias, la falta de criterios objetivos de verificación, y de falsabilidad, en las humanidades hace posible que el nuevo paradigma no reemplace al anterior, sino que ambos convivan en un panorama cada vez más poblado de opciones.

En el caso de la Literatura Comparada, la crisis no es una, sino, por lo menos, tres. Es decir, hay tres etapas claramente diferenciadas en la evolución reciente de la disciplina. La primera, y más citada —como si fuera la única de la que algunos comparatistas se han dado cuenta—, es la que enfrentó a las mal llamadas “escuelas” francesa y americana. Toma la forma de un choque entre la historiografía positivista y una visión más flexible e inclusiva de la disciplina, en la cual conviven historia, crítica y teoría. Se trata de las secuelas de la crisis de ajuste fundacional, por la cual la Literatura Comparada ha de identificar su posición en relación a las filologías nacionales y decidir si es una especialización en una parcela particular de los intercambios literarios, en una posición subordinada, o un saber más amplio y ambicioso acerca de la literatura en su conjunto. La segunda ola de cambios se debe al impacto en los estudios literarios de diversas corrientes teóricas, desde el estructu-

ralismo y la estética de la recepción hasta el feminismo y las teorías post-estructuralistas. El tercer motor de cambio viene de una serie de discursos cuyo único denominador común es que giran alrededor del concepto de cultura, y que agruparían planteamientos teóricos tan dispares como los llamados *cultural studies*, de origen mayoritariamente anglosajón, la teoría del campo literario, de Pierre Bourdieu, y las teorías sistémicas de la literatura, como la teoría de los polisistemas y la teoría empírica de la literatura.

Una sucesión de modelos teóricos ha ido afectando el desarrollo de la disciplina. De ahí que esta crisis permanente haya sido vista, hasta cierto punto, como un constante conflicto entre la perspectiva histórica y la perspectiva teórica. Sin embargo, existe base suficiente para afirmar que dicha crisis es ante todo una crisis teórica, es decir, una crisis en la teoría de la disciplina debida a los cambios en la concepción teórica de su objeto de estudio. Desde el momento en que las críticas a una concepción exclusivamente historicista de la Literatura Comparada reclaman insistentemente la atención al problema de la literariedad, resulta inevitable que los cambios en la visión de sí misma que tiene la disciplina vengán determinados por la necesidad de dar respuesta a las diversas propuestas de definición del fenómeno literario.

Es en este sentido que de nuevo cabe hablar de crisis. Mientras en los inicios de la disciplina se reconocía, y convertía en objeto de estudio, la diversidad de las literaturas nacionales como manifestaciones particulares de un fenómeno universal llamado literatura, ahora nos encontramos ante una diversidad de concepciones de qué es la literatura, qué es la historia de la literatura y cómo estudiarlas. No es sorprendente, por lo tanto, que esta proliferación de modelos haya sido vista por muchos comparatistas como una amenaza, como ha ocurrido también con muchos especialistas en filologías de las llamadas nacionales, porque perciben que trae consigo no simplemente una reconfiguración de la disciplina, sino una puesta en cuestión del modelo teórico en el que se basa su propia concepción de la literatura.

Es una revolución que empezó con el feminismo. Al poner de relieve no sólo la manera en que la mujer ha sido representada en los textos sino, sobre todo, las estrategias de inclusión y exclusión en la construcción del canon literario y la relevancia de categorías como las de identidad y género sexual en la apreciación de la escritura, ha abierto la puerta a toda una corriente de reflexión sobre el papel del sujeto y de la colectividad que ha influido en el desarrollo de los estudios gay, los estudios étnicos y demás expresiones de los estudios culturales. Los estudios poscoloniales llevan a cabo una crítica al eurocentrismo dominante, del que nace la propia Literatura Comparada, y a la representación de la imagen del otro que lleva, como en el caso del feminismo, a una reclamación militante del reconocimiento de la diferencia.

Asistimos a una creciente politización de los estudios literarios, que se hace patente sobre todo en la vertiente anglosajona de los estudios culturales. Esta dinámica está directamente relacionada con el regreso a la preocupación por el contexto de la literatura. En algunos casos es muy claro incluso el legado del marxismo. Pero en un sentido más amplio representa una recuperación de la función social del crítico y de la preocupación por la relevancia de su labor. Y no está de más reconocer que esta responsabilidad, de marcado cariz humanista, encauzada por un impulso militante de diálogo y comprensión entre los pueblos, está presente dentro de la tradición del comparatismo.

A este movimiento de revisión teórica e ideológica de las premisas de la Literatura Comparada hay que añadir el impacto del otro sector de propuestas, desde una vertiente más científica, que se agrupan, a pesar de sus muchas diferencias, bajo la denominación de teorías sistémicas. La teoría de los polisistemas, la teoría empírica de la literatura y la sociología de la literatura son modelos que amplían el ámbito de observación para incluir las relaciones de la literatura con su entorno cultural, a la vez que describen su funcionamiento en términos no ya de autores y textos sino de interacciones, procesos y operaciones que constituyen un sistema complejo. Cada uno de estos modelos supone una aportación y un desafío distintos a la redefinición de los estudios literarios, hasta el punto de replantearse, en algunas instancias, si su objeto sigue siendo la literatura tal como tradicionalmente la entendemos.

Todas estas cuestiones tienen una clara incidencia en la definición del proyecto comparatista, y a su vez son planteamientos que implican un acercamiento supranacional al sistema literario. Pero conviene matizar que mientras lo que he identificado como un segundo momento de la crisis de la Literatura Comparada se caracterizaba por el debate acerca de la relación con la teoría de la literatura, el tercer momento, o tercera crisis, se centra en la relación con las teorías de la cultura. Es decir que es el resultado de la tendencia a la recontextualización de los estudios literarios. En el marco de las teorías sistémicas esto supone que el sistema literario es parte integrante de un sistema cultural más amplio, con cuyos otros componentes está también en relación. En el caso de los *cultural studies* la inclusión del estudio de productos culturales no literarios se asocia además con el reconocimiento y expresión de la multiculturalidad, con la representación de grupos culturales marginados, minoritarios o subalternos. La oposición entre alta cultura –a la cual pertenece la literatura y cultura de masas– se superpone por lo tanto a la oposición entre cultura hegemónica –eurocéntrica– y culturas discriminadas. Es de nuevo, en el fondo, un debate teórico, pero también aquí se manifiesta en términos ideológicos y de política institucional.

No abogo por la implantación generalizada de un modelo de estudios culturales semejante al de los Estados Unidos. Considero que estos desarrollos institucionales responden a las circunstancias políticas de un entorno académico determinado, y por lo tanto no son transferibles en su conjunto, aunque algunas de sus lecciones resulten aprovechables. La aportaciones de los estudios culturales son, resumiendo mucho, la recuperación de la atención al contexto y la preocupación por la relevancia, el reconocimiento de las relaciones de la literatura con otras formas de producción cultural y el interés por los materiales de la cultura popular y el discurso de colectivos tradicionalmente relegados. Los reparos que se pueden plantear, también resumidos, tienen que ver con la fragilidad de su fundamentación teórica, los excesos de voluntarismo militante que confunde el activismo político con el rigor disciplinar, la escasa atención a la historia, el tratamiento indiscriminado de materiales de diversas procedencias sin atender a las diferencias entre sistemas semióticos específicos y entre alta cultura y cultura de masas, reduciendo los análisis al común denominador temático, y la tendencia a subestimar el papel de la literatura, hasta el punto de prescindir de ella.

A la Literatura Comparada le ha tocado hacer frente a la doble acusación de elitismo y de imperialismo cultural. La propia historia de la disciplina contiene sin duda elementos en los que basar esta percepción, sobre todo por la primacía dada a

algunas tradiciones literarias occidentales. Pero tampoco hay que olvidar que en esa misma historia se encuentran propuestas y ejemplos sobre cómo abrirse a la diversidad. Todas estas crisis, y estas críticas, obligan a la disciplina a evolucionar y replantearse su definición, sin que de ello haya que deducir que ha perdido su razón de ser. Por el contrario, la Literatura Comparada, más que ninguna otra modalidad de los estudios literarios, contiene en su repertorio disciplinar los recursos para dar respuesta a los desafíos de este tiempo de tensiones entre lo global y lo local. El multiculturalismo debiera ser un campo abonado para el comparatismo, a no ser que, por un exceso de celo de la política identitaria, se pretenda entender a las comunidades culturales como compartimentos estancos que no interaccionan entre sí. Tampoco el hecho de constatar que la literatura es un sistema conectado con otros sistemas de producción cultural y enmarcado en un contexto concreto impide atender a los rasgos específicos del sistema literario, porque literatura y cultura no son conjuntos idénticos. No se trata, por lo tanto, de reemplazar los estudios literarios por los culturales, sino de incorporar esta concepción más compleja de las relaciones.

La manifestación extrema de esta evolución se encuentra en el llamado informe Bernheimer (Bernheimer 1993: 41-42) elaborado para la American Comparative Literature Association por la comisión encabezada por Charles Bernheimer, que describe así el estado actual de la disciplina:

The space of comparison today involves comparisons between artistic productions usually studied by different disciplines; between various cultural constructions of those disciplines; between Western cultural traditions, both high and popular, and those of non-Western cultures; between the pre- and the postcontact cultural productions of colonized peoples; between gender constructions defined as feminine and those defined as masculine, or between sexual orientations defined as straight and those defined as gay; between racial and ethnic modes of signifying; between hermeneutic articulations of meaning and materialist analyses of its modes of production and circulation; and much more. These ways of contextualizing literature in the expanded field of discourse, culture, ideology, race, and gender are so different from the old models of literary study according to authors, nations, periods, and genres that the term 'literature' may no longer adequately describe our object of study.

Esta definición es problemática y cuestionable no tanto por los tipos de relaciones que se enumeran, que según cómo se entiendan podrían tal vez tener cabida en la práctica comparatista, sino por lo inconcreto que resulta en todas ellas el papel de la literatura, hasta llegarse a poner en duda que tenga alguno. Al no conceder un papel específico al discurso literario, el informe invita a suponer que la literatura y la cultura son sistemas coextensivos entre sí. No es lo mismo estudiar la relación entre la literatura y otros ámbitos de la cultura que cualquier relación entre sistemas culturales, sin referencia alguna a la literatura.

Ha llegado sencillamente el momento de un cambio de énfasis. Se trata de aprovechar aquellos modelos teóricos que se adaptan bien al estudio de entidades colectivas, como las naciones, sin por ello depender del concepto de nación como unidad básica de funcionamiento, puesto que la categoría operativa es la de *cultura*. Se constata así la importancia de atender a la interacción entre factores diversos, polí-

ticos y sociales no menos que literarios, trascendiendo, por lo tanto, la supuesta autonomía del fenómeno literario.

La puesta al día de la disciplina incluye la exigencia de una creciente atención a los factores de diferencia cultural. Para realizar eficazmente este ajuste es necesario buscar un modelo capaz de atender a la vez a la dimensión histórica y a la red de relaciones complejas que se dan en un contexto multicultural. Pensar la diversidad, la elasticidad y el dinamismo de un sistema literario o cultural, la complejidad de las relaciones y las leyes que lo rigen, conduce lógicamente a plantearse el lugar en que se asienta el sujeto de conocimiento, la condición de posibilidad de este saber, desde dónde hablamos del otro y de la diferencia, y en consecuencia a reconocer que una disciplina no es algo dado, sino otro sistema más de producción cultural históricamente determinado, el resultado de su propia evolución.

Lo heterogéneo es difícil de explicar y de describir. Y, sin embargo, si algo define la literatura comparada es el ser el dominio de lo heterogéneo, el atender preferentemente a la tensión entre la diferencia y la semejanza: entre el carácter universal del fenómeno literario y sus variadas manifestaciones específicas. Se trata de un marco disciplinar que no delimita un saber compacto y unitario, sino una determinada manera de abordar cierto tipo de problemas complejos, de plantearse ciertas preguntas que se refieren justamente a la heterogeneidad e interconexión de los sistemas que constituyen eso que llamamos literatura. La tarea, tal como la ha definido Claudio Guillén (1998: 15), es hacer posible “la inteligencia de la multiplicidad”.

Una visión actual de la disciplina, que sea representativa de la diversidad de prácticas que acoge y a la vez no desdibuje por completo su identidad, necesita combinar la flexibilidad con que se la define, la capacidad de inclusión de nuevos problemas, y la atención específica a la literatura como objeto de estudio. La Literatura Comparada investiga la compleja red de relaciones que componen el sistema literario y lo rodean, las preguntas que se plantea remiten en última instancia al problema de qué es la literatura y cómo funciona dicho sistema.

La discusión sobre las dificultades para definir la disciplina está por lo tanto muy vinculada al carácter peculiar de su objeto de estudio. La literatura no es simplemente un espejo de la cultura, ni se explica enteramente por su contexto. Es precisamente su diferencia respecto a otros discursos lo que convierte a la literatura en punto de referencia y comparación para todos ellos. Riffaterre (1995: 72-73) lo formula así:

On one side, you have the universe, all its parts, all the viewpoints for looking at it. On the other side, facing the infinity of objects, you have literature, which alone is pure representation, which alone among all discourses can contain and emulate everything else, including the other discourse. The very complementarity of being and representing makes it quite urgent that literature remain central to discourse, cultura, ideology, and so on because literatura encompasses all of them and raises questions about all of them.

El estudio de la literatura ni es marginal ni puede quedar relegado a una parcela especializada, porque en sus relaciones con otros discursos, desde la filosofía y la religión a la pintura, el cine o la televisión, la literatura los ilumina a todos y ayuda a comprender mejor su funcionamiento. No se trata de adoptar la indefinición del informe Bernheimer, ni de dejarse arrastrar por modas ni por las circunstancias

políticas de un contexto institucional concreto. Lo que hace falta es adecuar los modelos y los métodos a los desafíos actuales e incorporar aquellas aportaciones teóricas que permitan a la Literatura Comparada salir fortalecida de la crisis. Esta puesta al día incluye la exigencia de una creciente atención a los factores culturales. Del legado tradicional de la disciplina hay que rescatar el valor concedido al conocimiento histórico, que es el horizonte desde el cual entender no sólo lo que significa la literatura sino cómo se configura la propia disciplina en tanto que tradición de pensamiento que ha generado y sustenta nuestra concepción de la literatura. De la misma manera que el concepto de literatura se construye históricamente, dicha construcción corre paralela a la del sistema institucional que hace posible la definición del concepto y el estudio del sistema literario.

BIBLIOGRAFÍA

- BERNHEIMER, C. (ed.), *Comparative Literature in the Age of Multiculturalism*. Baltimore: Johns Hopkins University Press 1995.
- CULLER, J., «Comparative Literature and Literary Theory», *Michigan Germanic Studies* 5. 2 (1979), 170-84.
- EAGLETON, T., *Literary Theory: An Introduction*. Minneapolis: Minnesota University Press 1983.
- EVEN-ZOHAR, I., «Factors and Dependencies in Culture: A Revised Draft for Polysystem Culture Research», *Canadian Review of Comparative Literature / Revue Canadienne de Littérature Comparée* XXIV 1(1997), 15-34.
- GODZICH, W., *The Culture of Literacy*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press 1994.
- GUILLÉN, C., *Múltiples moradas*. Barcelona: Tusquets 1998.
- RIFFATERRE, M., «On the Complementarity of Comparative Literature and Cultural Studies», en: BERNHEIMER, C. (ed.), *Comparative Literature in the Age of Multiculturalism*, Baltimore: John Hopkins University Press 1995, 66-73.